

Paisaje y ciudad (2022)

Gerardo Buendía

A Anaid López.

Cuánto más veo la ciudad, cuanto más la camino, cuánto más la percibo, la respiro, la padezco. Cuánto más la pienso, más me da la sensación de que la ciudad no la conforman sólo edificios y casas agrupadas como una fotografía estática de revista, que la imagen de la ciudad no es la síntesis de la traza urbana vista desde el cielo ni el color de sus farolas únicamente. La imagen de la ciudad, tengo sospechas, está más bien en el subterráneo, en el tiempo vacío, las personas en movimiento, sus temores, sus rutinas, en su historia, sus deseos, en su herencia, sus contradicciones, en su naturaleza de *loop* emergente, tenso, paranoico. La imagen de la ciudad extrañamente no es sinónimo de paisaje, cavilo, porque la imagen de la ciudad ni es ciudad en sí misma ni es paisaje porque no cabe en una foto; ni es una cosa que se pueda leer con la vista solamente; en ese otro paisaje no se mueven los cuerpos vagabundos, insisto, ni contexto, ni deambula la sustancia de la vida cotidiana con sus punzantes ecos. Hay una especie de ciudad-más-allá, me parece, la conforma el vaivén diario, en mezcolanza con todo eso que congestiona el futuro, que se almacena dentro. No como una cosa que se observa y se deconstruye, digo, no como un objeto, sino como un horizonte apenas abstracto a partir del cual tocar esta ciudad de ciudades, cómo es la Ciudad de México. *Paisaje y ciudad* es una serie que pretende mapear la metrópoli. *Mise en abyme*, diría alguien. Más bien, como un viaje en metro en un día cualquiera.

1.

Puebla

Que duro es caminar aquí
sobre el mausoleo.
Sólo me acompaña el eco
—clandestino—
de una voz que ya no es mía
sino de la suerte.

Y es que es duro mantenerse,
ser agitado por el tiempo
 —que me habita, que me habla, que apenas me sostiene—
cada vez que duermo
entre todos esos rostros
que ya no distingo.

Que duro es permanecer despierto, por ejemplo,
luego, soñar con la metamorfosis
—sobre todo con el humo y el océano
brotando en mi memoria—.
Prendo la luz de la recámara.
Me visitan las luciérnagas. Huele a plástico quemado.

Y es que es duro construir con hielo la sombra.
Acaricio el horizonte desde el llanto, cada día sufro por intentar seguirle el hilo.
A veces quiero hallar allí el destino crudo, el abrazo, el cobijo,
—salida de emergencia
a la mitad del túnel. (Ellos la usarán primero).

Y es que es duro flotar en el deseo,
repetir el discurso, apropiarse del cansancio.
Es duro huir de los quebrados escenarios de la infancia:
de cuando creí que la ciudad me había elegido para curarla
de su propia voluntad.

2.

Pantitlán

Fuimos
como fue también el agua
ayer.

Fuimos, quizás, la primera noche,
la última fuerza:
el saludo que hiciera el cielo al bosque
antes de convertirse en tierra
amontonada
hoy
para vender.

Fuimos
como será también el fuego
mañana.

Fuimos y seremos
tempestades, instantes, apenas voces,
pasos que encontraron caminos nuevos
en la demencia.
La otredad como rutina.
Es nuestra utopía.
El eterno sueño de volver a empezar.

3.

Chilpancingo

Te conocí así
sin querer
en medio del ruido,
entre tantos naufragios.
Perdidos entre el gentío
cada uno con su llanto.
Nadie tiene la cura.

Este miedo se convierte en paisaje, me dijeron:

deambular pasajero

—el de ambos, insistieron en la junta—.

Planta magia en el aire

aun con las prisas, es el consuelo.

Esa es la imagen

—la de ambos, volvieron a decir—:

el infierno como guía;

la psicosis como fondo,

ceremonia acompañada de ternura, después viene el caos.

Es decir, parece un bautizo. Pero, no veo al bebé.

Te conocí así,

sin embargo,

casualmente,

en medio del escombros, pidiendo ayuda,

con los brazos abiertos,

con los ojos cerrados,

entre el sueño lejano

de volver a lo de antes.

Me queda aún tu amuleto.

Fotografía de una noche:

un chubasco;

el converger de la catarsis

dentro del otro.

Ilusión compartida

—la de ambos, gritaron—.

Vuelos, caídas. Hay cuerpos debajo.

Sigo soñando.

Ellos dicen que se apaga cada vez

que pienso en voz alta.

Esa es la imagen

—la de ambos, lo escribieron en la puerta—:

vacío como estrategia;

vaivén como baile;

un hotel nuevo

en medio de la tierra,

entre las sombras de barro

donde las raíces se esconden.

Parece una boda. No me invitaron.

4.

Auditorio

Si tan sólo pudiera ser quien tú quisieras.
Si tan sólo pudiera volar como tú vuelas.
Si tan sólo pudiera acurrucarme en tus fronteras.
Aunque fuera sólo por una única ocasión.

(Si así pudieras zurcir mis palabras con tu calma.
Si con eso pudieras ya acariciar mi agonía.
Si tan sólo pudieras compartirme un mediodía
aunque fuera sólo para arder nuevamente bajo el sol).

Si tan sólo pudiera ser quien tú quisieras.
Si tan sólo pudiera tocar tu leve canto.
Si tan sólo pudieras sonreír al verme.
Como cuando la lluvia te cobija
entre todas esas voces.

(Si con eso pudieras tú llenar mis cuencos.
Si con eso pudieras ya estirar el tiempo.
Si tan sólo pudieras reconstruir mi memoria
y con tu ruido romper mi laberinto;
quizá así pueda soñar que vivo
sin contar los días de la semana).

5.

Norte 45

Mañana será un gran día,
pero no podré decirte.
Olvidé cerrar las ventanas.
El gato escapó.

6.

Insurgentes

Aquí solía haber agua:
acaudalados arroyos y lagos
hoy sepultados
por la coincidencia.

Ahora sólo el bullicio:
multitudes atadas al tiempo.
Pabellones de cristal nos rodean,
pero nadie vive allí dentro.

Ya nadie sueña.
Únicamente el incendio.
Cae sobre nuestras manos la lluvia
sin que podamos beberla.

Aquí solía haber cielo:
grandes nubes, infinitos paisajes,
estratagemas y flores
ahora negadas por el ritmo
de la inmensidad.

Ahora sólo la pena:
el placer hecho frontera.
Todas esas voces allá afuera
y ninguna es del mar.

7.

Cuatro Caminos

[1]

Registro de una luz que también se agota.

Nos cansamos nosotros al agonizar con la suerte.

Supongo que es parte de la historia:

el tiempo hecho piedra,

el polvo acumulándose en mi chamarra.

Apagarse unos días, despierto del sueño.

Camino sobre pedazos de hielo,

una y otra

y otra vez.

Dejo de intentarlo.

[2]

Agitados y agotados estamos.

Temo encontrarte. No quiero que me pises. Yo quiero ir acostado.

Ellos caminan sobre mi rastro, de hecho.

Una vez vi a un hombre dormir de pie. Yo no puedo.

Esto es así aquí, alguien me dijo.

El incendio crece, pero sigue lloviendo.

Y a eso nos aferramos

siempre que huimos.

A veces creo que adoramos la ruina. Tensión. Parece un circo.

Ojalá pudiera verme de nuevo

entre esas ramas de cristal

donde mi cuerpo se mueve.

Ayer me vi al espejo. No te dije.

Ya pasaron tres años. La reconstrucción aún no comienza.

[3]

Suelo hallar en la multitud la imagen

de la arena golpeando un ataúd diáfano.

Allí se desdobra el destino.

Todavía no se aprende mi nombre.

[4]

Si, todavía recuerdo ese sitio

por donde paseaba la vida.

Hace unas horas hablé de eso.

No recuerdo porque. Quizá alguien preguntó qué hora era.

8.

Mixcoac

Entre pasiones y desgracias
viaja la suerte.
A veces desgana
entre la gente.

Así, sin querer,
se gana la vida.
Trabaja todos los días
aún sin paga.

Y si por accidente falta,
su hija le suplente.
A veces también desgana
y con sed.

Así, sin más,
transcurre su elixir:
trayectos a la ciudad
de ida y de vuelta.

Entre prisiones y penas
sufren la ausencia.
Identidad desmoronada,
eterna promesa.

La suerte es madre.
Es también fortaleza.
Fragilidad enclaustrada
entre las redes del ser.

9.

Moctezuma

Es aquí, la casa, la ciudad,
pasaje donde bailan las piedras,
dónde se visten de negro las quimeras
únicamente para provocar al sol.

Es aquí, el parque, la plaza,
donde sueña el cemento con ser otra cosa,
dónde se pierden las flores
y las nubes,
y las noches,
entre tantas miradas
desencantadas,
confusas, todas alrededor de ese fuego.
Dentro del reloj,
atrapadas están
las memorias
y la herencia del encanto.
Condenado el hogar a ser camposanto
de fantasmas que no van a ningún lugar.

Es aquí, el mausoleo, el paisaje,
donde hablan las voces rotas
a través del espejo,
donde los sueños se contienen
entre rutinas
para poder resistirse
o resistir los laberintos
propios del tiempo.
La lluvia y el llanto. Sequía, sin embargo.
Eterna sed; no hay compañía;
las almas batallan
para encontrar su camino
entre tanta ansiedad.

Es aquí, la ola, la historia,
donde camina la sombra
de alguien que no está.
Es aquí, espesa frontera,
donde la vida se pausa,
donde la muerte comienza.
Algo de herrumbre, tal vez,
bajo los párpados áridos,
bajo nuestra piel reciclada
de los besos que usamos como publicidad.

10.

Ciudad Deportiva

Y es ahí, entonces,
cuando la vida da sus vueltas;
y es ahí que se retuerce en sus placeres.
Y es quizá ese momento
tan herido,
tan imperfecto,
cuando el rascacielos hace raíces
bajo nuestros ojos,
con sus luces de polvo
que todo lo extinguen.

(Crecemos) (Sigue la música).

Es ahí cuando, sin querer, bailan los días,
tratando ya de reconciliarse con el llanto.
Y entonces, se calma la marea
una noche
—sólo una noche—
entre tantos crudos calvarios
de cuando éramos jóvenes
y amábamos la vida.
Sube el tiempo por la piel,
claro, con sus adornos:
el éxtasis instantáneo, el romance
donde juegan nuestras infancias
condenadas a la imposibilidad.

En ese momento se bautiza el drama de la existencia.
Otra vez frente a la pantalla:
soliloquio urbano,
la misma pregunta,
otredad hecha equipaje
que no se comparte
porque ya no hay nadie alrededor.

(Pausa).

(Sonidos lejanos).

(Afuera, congestión vehicular).

Hablaremos de esto por unas semanas.

11.

Aculco

Lluvia,
no me abandones ahora.
Sé bien que te he dañado,
en ti están mis temores.
Sólo no me dejes.
Yo te conozco
y sé que tú me conoces.
En otras palabras, conozco tus heridas.
Y es verdad, a veces soñamos
con la ciudad caída,
las flores silvestres;
pero ambos sabemos
que él no volverá.

Lluvia.
¿Dónde estamos?
¿A dónde vamos?
Nos mecemos entre el humo;
ya no te merecemos.
Quizá así fue desde el inicio,
desde el comienzo de los tiempos.
Somos hijos del paisaje, sé que tú lo sabes.
Estamos muy distantes. Rezo por ti.
A veces camino
por los lugares donde solías estar,
vuelo contigo,
pero sé en el fondo que no volverás.

12.

Velodromo

Oigo tu lamento, te busco
entre las gárgolas.
Sin mirar, te encuentro;
corre tu voz por las fachadas
de cristal
donde me duermo.
No te vayas. Levántate de nuevo.
Entre tus manos se mueve
la llama suave, el tiempo
moribundo;
en el encuentro de dos luces
me derrumbo.
Te oigo, te busco.
Ante tu ausencia no respondo.
Huyo de ti por la rendija
de la libertad eléctrica,
entre todos esos árboles
ahogados por el ritmo.
Oigo tu lamento.
Sin embargo, me busco en el panteón.
El sol se aleja,
junto con el cielo se mueven las auroras.
Yace en el bullicio
nuestro nombre, no obstante:
sílabas de un pasado cubierto
apenas deletreado.
Oigo tu lamento, te encuentro atrapada,
trato de arroparte, claro,
con mi insomnio.
Te dejo.
Creo que dormiré
para ya no pensar más
en el fin del mundo.

13.

Allende

Murieron los viejos amigos.

O se fueron, creo,

se quebraron ellos con el aire y el instante.

Tal vez cambiaron de hogar, eventualmente

de quimeras;

habrán, quizá, intercambiado sus amores

entre las redes de una paz incompleta.

Vaivén.

Quizá, simplemente, volaron en sus barcos de cera

y olvidaron entonces sus nostalgias, esos cálidos rincones

donde yacía la fuente,

la memoria,

el instinto,

los abrazos

y el mausoleo de sus ancestros con sus largas noches.

Ah.

Tal vez, sin embargo, sólo se contuvieron

entre el horizonte roto,

entre la cruda bruma;

resistieron;

entre el caos anduvieron

deseando ansiosamente, claro,

empezar otra vez, sin equipaje,

sin tanta tristeza,

sin tanta espera,

únicamente

para volver poco a poco del dolor

donde estuvieron presos

cuando todo comenzó.

Tal vez fui yo, más bien, quién los mató con sus turbulencias,

todos esos vaivenes efervescentes del subsuelo:

confines de la tierra desesperada

Murió la vida.

Murió la suerte.

La estabilidad es ahora una especie de cárcel.

El placer del absurdo,

lo abrazo. En él me descubro

antes de caer.

Naturaleza. Es mía, yo la rompo. No tienes derecho.

La meta. Ojalá nadie llegue antes.

Casualidad vaga, la veo ahora. Es decir, se vuelve tormenta

obligada a acariciar la indiferencia de la ciudad

ante el paisaje.

Y luego, sin poder recordar la lentitud

de las nubes,

en cuya luz vivía antes

la risa creadora.

Al cabo, ya no hay amigos, sólo acompañantes.

Compañeros de causa

que añoran el bosque

que no quisieron visitar cuando era gratis.

14.

Ferrería

Por alguna razón, despertó en el desierto.

Allí, entre el concreto, donde sembró

un día

su realidad.

Vida y muerte. Era ya dos personas,

dos ciudades.

Paisajes diferentes

que fueron alguna vez la misma cosa.

Está rota la memoria.

Pareciera que allí nunca hubo un humedal

ni una iglesia,

ni una persona.

(Se despertó contemplándose. Quizás

contemplando sus ocasos:

sonrisa adulta, como ruina de hielo.

Evidentemente, tantas arrugas en la vista.

Dos heridas. Dos historias. Dos lugares

a donde llegar luego del ruido.

Esta diáfana coincidencia.

Accidente crudo:

sigue nevando en el trópico. Tiene forma de comercial.

Hace calor.

Ha pasado el tiempo, por supuesto,

con sus infiernos

y sus abismos y sus fractales.

Nos hemos acostumbrado ya,

sin darnos cuenta,

a la oscuridad del interior.

Así será

por unas horas

hasta que, por fin, miremos detrás).

15.

Chabacano

El país de los extraños.
Suceden las guerras.
Cada viernes por la noche alguien muere
de tanta tristeza.
Y la suerte que tenemos en estos lares,
a veces tan caída,
ya sólo arde de desesperación.

El país del olvido, o del fracaso.
Pasan lento los oleajes.
Recuerda alguien los paisajes
ahora enfermos
de tanta inspiración.
Y queda poco que decir de la rutina.
Lo de siempre.
Las calles con su inmediatez desierta,
y la herida de la que nadie se acuerda
porque su tendencia ya pasó.
El país de lo diverso.
Huyen en el mar las infancias.
Huele a lluvia, a sal,
gritan los árboles.
Y el paseo solitario de la gente
por las nuevas tiendas
a sabiendas de que no quedan muchos años.
La misma cosa. Tanto tiempo.
Cada lunes por la mañana alguien despierta
entre temores y fracasos
que nunca fueron suyos.
Es el pan de cada día.
La misma miseria.
Tantas promesas en torno de la vida,
pero nadie habla del agua que se asfixia

bajo nuestro.

Ya sabemos como acaba esta historia.

Se desdibuja el mapa, todo se hunde,

mientras compraremos ropa rota

en el mismo lugar de siempre. Así ha sido.

De todos modos, ya no hay a dónde ir.

Arde la mirada.

Nadie se avergüenza de lo que hay alrededor.

Narración enmarcada. Se empapará de noticias.

16.

Hidalgo

Me muero cuando mueres,
soy de ti como de mi son tus heridas.
Yo te conozco.
Sé qué me oyes desde lejos, que mi tacto apenas te alcanza.
A veces siento que ni siquiera me conoces,
pero siempre me hablas, aún en la neblina.
Ciudad de soles, mariposa fantasma.
Déjame que te hable también con tu silencio,
dejame usar tus laberintos,
arrullarme un rato en tus instintos
hasta desaparecer
de mi mismo
y repetirme.

Me gusta vivir en la estrechez de tu ansiedad.
Una palabra viva entonces, eso basta.
Tanta gente, tanto ruido, tantas ausencias;
creer que de la ruina emerge el amor puro.
Y luego arrepentirse de entregarse hasta la soledad.

Me muero cuando mueres,
eres de mi como yo de ti, cariño.
Sé que conoces mis anhelos.
Se disipa la pasión, sin embargo, no me muevo.
Mi cariño no te alcanza ni mi voz te es suficiente.
A veces siento que mi sombra tiene tu aroma:
todo está cerca, pero nada existe.
Paisaje de desgarros, teatro de reflejos.
Déjame hablarte también con tu tristeza,
déjame llorar tu duelo,
abrazarte
hasta partir
y repetirme.

Me gusta vivir en la oscura primavera.
Un beso tuyo entonces, eso basta.
Tanta pena, tanto daño, tantas presencias;
creer que de la ruina emerge el amor puro.
Y luego arrepentirse por no haber hecho algo
(aún cuando el sueño era cada vez más profundo).

17.

Aragón

Agua va.

Es la vasija

del último hombre

que nació del maguey.

Ruina de dos tiempos.

Viaja en autobús.

Agua viene.

Esperan su vuelo

las tantas esperas.

Quizá cambie el destino.

Parece que el canguro

no conoce sus banderas.

18.

General Anaya (ft. Sandra Loza)

Catarsis.

Quimera.

Es infalible.

Ya lo había hecho antes.

Eso me recuerda

entre negativos.

19.

Consulado

No se va a ningún lado,
pues la verdad ha estado encima.
Playas, bosques, desiertos,
hoy parecen ser el mismo escenario.

No aparecen ya las viejas lenguas;
el mismo idioma con sus productos.
Poesía como axioma:
todo tan rápido, incluso el amor.

20.

Iztacalco

Bailan

sobre su vieja sombra.

Se ríen de sus confines.

Amor inacabado,

la misma espera.

Aunque ahogada

por el placer

de la intimidad (pública).

21.

Apatlaco

Caída.

El caminar.

La ácida lluvia

y el roto interior.

Se nos va el desenlace.

Parece que ella se fue primero.

Calor.

Esta superficie.

La ríspida narrativa

con sus fotografías explícitas.

Sólo la brisa del autobús.

Puede que ella aún me oiga,

Creo que su voz murió hace poco.

Nos tocará decidir quién puede volar de nuevo.

22.

Observatorio

Temiendole tanto al amor,
no tanto al olvido.
Seguimos durmiendo
con la luz prendida
atada a la mano.

Temiendole tanto al dolor,
no tanto a lo roto.
Y andamos aquí, floreciendo,
compartiendo desiertos
con alguien más.

23.

Garibaldi

Multitud de mariachis
reunidos en un mercado.
Le cantan a las nubes
para que llueva otro rato.
Tan dulce es el canto,
tan coloridas las flores.
Se nos ha olvidado el difunto.
Todos estamos muertos en realidad.

24.

Talismán

Cada día vuelvo.
Entre la multitud te recuerdo.
Olvido mi nombre.
No sé qué hacer.

Pasan las horas,
aprendo a cuidarte.
Te escribo una carta.
¿Dónde estarás?

Se hace de noche.
Afuera suena el fuego.
Me refugio en la bruma,
la cálida brisa
donde vive el instante.

No sé qué ha pasado.
¿Qué fue de nosotros?
Otra vez distintos caminos.
Estas nuevas fronteras.
¿Dónde estaré?

25.

Indios Verdes

Me miran.

Los veo.

Tienen en sus manos

mi llanto,

mis pasos.

Siguen caminando.

Descalzos todos.

Rápido se descubren.

Me miran.

Los veo.

Me ven mirarlos, no se conmueven.

En su sangre escurre

mi voz oxidada,

mis tensiones, mis promesas.

Tantas noches, la misma paranoia, pesadas losas flotan aquí;

flama paralítica, es el intertexto.

Me miran. Los veo. Me ven mirarlos.

Estoicos, apenas me responden el saludo.

Me miran. Los veo.

Quieren ir a otro lugar.

Esperan que yo los lleve.

26.

San Lázaro

Ya no me veo.

Sigo viajando.

Ayer llegué rápido.

Ya no te encontré.

No está mi reflejo.

Tampoco está tu sonrisa.

Vuela el recuerdo.

Alguien me habló.

Trato de encontrarte.

Sigo viajando.

Se rompió mi reloj.

Huelo la lluvia.

27.

Buenavista

Creo que sólo queda vivo el polvo,
el rastro apenas visible
de un llanto.
Por mis manos deambulan las almas
que esperan
reservadas para ti.

*Pasearé por las nubes
en un estrecho barco de plástico.
Sólo me acompañarán los falsos amores,
diálogos continuados
con sus tristes sonrisas.*

*Dibujadas con tinta, allí estarán
nuestras voces,
en el vapor ardiente del ritmo:
juegos musicales,
como auroras
que cuelgan de las ramas,
resistiendo.*

*Quizá entonces durante el viaje
se repitan
las notas, la memoria
balanceándose entre melancolía.
Y en el estrecho vacío de mi pecho
sonarán las sombras
con sus hojas que estallan
para poder vivir
un rato más.*

28.

Bellas Artes

De nuevo yo, buscandote a oscuras
con los párpados húmedos
en medio de la lluvia.

Solitaria

mi aurora

que necesita tu aire.

En la penumbra se ahoga

mi voz.

Música de árboles de piedra.

Debajo de mí fluye el río.

Después soy yo quien se zurce

colmado de agobio

tratando de encontrar tu secreto.

Y ahora:

¿a dónde van esos barcos?

¿A dónde se dirige tu andar?

Cargado de sombras

huyes de nuevo.

Día y noche de viaje.

Está rota tu risa

y tu tacto se esfuma

entre tantas promesas.

Lo supe desde antes.

Estoy preso en esta isla.

Muere en mis palmas

la brisa

del sueño

que una vez nos unió.

29.

Río de los Remedios

Me pregunto:

¿qué relación tiene lo natural y lo urbano?

Si la naturaleza de lo urbano
es consumir lo natural.

Así voy por la vida.

Me esfumo de pronto.

En el ansioso ritmo
del mundo

luego me duermo.

Sigo sin saber la respuesta.

No encuentro vínculo:

tantos cristales como vehículo
yendo de aquí para allá.

Tal vez es mi voz rota.

Roto el ecosistema.

Me pregunto:

¿a dónde irán todos los árboles?

¿Qué habrá sido del río?

Sólo veo agua empacada
y gente con sed

corriendo en círculos.

30.

Tepalcates

Me siento a esperar
a que la vida se pause.

Tomar un descanso.

Es todo.

Apenas un respiro,
calma entre el agobio,
volver a la infancia,
a cuando el bosque me hablaba.

31.

San Juan de Letrán

Silos de acero

a lo lejos

caminan en fila, rodean el fuerte,

aunque sin pisar el agua

que cae a montones.

Máscaras de cartón, el callejón oscurece.

Tengo miedo de que aparezca de nuevo.

Se inunda el cielo. Ya sonó la alarma.

Me leyeron la mano.

No sé nadar con los ojos abiertos.

Ella está aquí.

Yo soy el que sigue.

32.

Zócalo

Dichosa espiral pétrea
en cuyos pétalos ambos fuimos.

Apenas un parpadeo.

Renunciaría yo a esta mirada, te digo,
si con eso pudiera volver a soñar con tu voz.

33.

Tacubaya

Y no me importará
si acaso
tengo que viajar
a otro universo
para ver tu mirada entre el gentío.

O si tengo que cambiar
de sombra
una mañana
para con ella cubrirte del frío.

Y si de pronto,
por un gesto
he de reconstruir el cielo,
dejar en el aire mi estandarte,
o quemarme con el bosque.

Quiero que sepas que te amo.

Y te amaré
aunque estés lejos.

Aunque la ciudad nos contamine,
aunque nuestro cansancio nos agote.

Y no me importará
si acaso
tengo que morir
una tarde;
hacerme polvo,
olvidarme,
romperme en cien pedazos
para así comenzar
de nuevo
a encontrarnos
desde el caos.

34.

Balderas

Ahora acepto el cambio,
parece que todo sigue igual.
No hay nada alrededor
sin embargo, está ahí. Puede sentirse.
Pareciera que el sol muere, ¿no lo crees?
Pero, quién desaparece es el tiempo,
me deja ir
por fin.

35.

Polanco

Más allá de mi

se disipa.

El color del agua es diferente.

Sigo la huella

del amanecer

entre atisbos.

Pierdo el camino,

el viento se levanta.

Parece que el mundo

desaparece

en ese lugar.

36.

Chapultepec

Mi cuenco sufre,
hace días que no llueve.
Canta alguien
a lo lejos,
puedo escucharle,
no lo veo.
Veo a la gente,
mis ojos dormidos.
Caminar sobre el agua,
espero soñar con eso.
Aquí caen las hojas secas
sobre el pavimento,
pero parecen nubes
viajando al mar.

37.

Lindavista

Allá va ella,
sueña con la playa.
El aire le golpea,
se cubre los ojos.
Hace frío.
El ruido del océano
le exhorta
con susurros a despedirse
de su figura.
Quiere dormir,
cae la noche. Todavía le falta.
Demasiado oscuro para caminar sola.
Aún así lo hace,
porque le acompaña
el sabor a lluvia.

38.

Tasqueña

[1]

Vino desde lejos.

Se fue aquella vez

con el trozo de ciudad

que derrumbaron.

Las alas de las estrellas

se cubren de insomnio.

Sólo queda el reflejo

de la luz

sobre la palma

y las tinieblas que hay debajo.

[2]

Olvidar las fiestas

para seguir la noche.

Quiso dormir

en el trayecto de ida.

Aún tiene que decidir

a donde ir

de regreso.

39.

Copilco

Volverán las oscuras rutinas.

Sólo espera,

será para siempre.

40.

El Rosario

Y un día volveré a verte, sin embargo.

No sé cuando. Tampoco cómo.

Pero, te veré entonces

debajo del reloj

que nos sigue buscando,

no con el mismo amor de antes

ni con la misma ternura.

Quizá ni siquiera nuestras miradas se crucen,

quizá sólo te distinga entre la bruma.

Allí estarás.

Allí estaré. Nada será distinto.

Y un día volveré a verte, sin embargo,

arremolinando heridas

como coleccionando códigos en un álbum fotográfico.

No sé cómo. No sé cuando.

Pero, te veré entonces,

sucedará la misma brisa, será la misma aura,

pasará por allí la misma gente

que antes nos veía

esperarnos recargados sobre el barandal

anhelando un beso.

Te veré tal vez, pero sin verte, insisto;

es decir, recordaré tu sonrisa, recordaré tu olor.

Y entre todas esas pisadas sabré distinguirte,

sabré si llevas prisa, o si esperas a alguien.

No hablaremos de lo profunda que es la vida en ese instante

ni recordaremos épocas anteriores,

quizá ni siquiera nos dejen detenernos.

Allí estarás. Allí estaré. Nada será distinto.

41.

Xola

Otra vez tengo esa visión:
demolición de montañas.
Más caminos, se construyen
recorriendo la nada.
Traiciones. Subterfugio.
Más promesas. En el aire se bifurcan.
Todavía no escapo de aquí.

*La vida nos llama;
agónicas miradas, vuelve el discurso.
Entre las capas de un mañana alguien se oculta,
Atascado entre el fango, otro traduce.
Este llanto. Tantas voces.
Miro el eclipse en mi palma, muere de hambre.
El sueño se detiene
eventualmente
bajo las alas
cansadas de volar en círculos
sobre la misma metrópoli.*

Ficción real.
Prisión de humo.
Futuro intacto.
La herencia que es despojada
apenas con el roce del progreso.
El cuerpo sobre el asfalto,
más bien como efigie
de la levedad:
el eterno viaje
hacia ninguna parte,
desde ningún lugar.

Finalmente la composición, se descubre.
Por un lado, la contradicción del instinto que deambula
entre reconstrucciones
y utopías en bucle;
no pudieron reparar ni repararse;
la misma herida, la misma fortuna;
mismo punto de partida:
creación-destrucción-repetición. El camino está marcado.
Cada día cae alguien que no nace aún.
El retorno del sueño. El edén. Vuelve el incendio.
Siempre el mismo ciclo.
Y el mito en torno al tiempo
sólo como fachada de la vida; insistimos en creerle.
La cima de la ola, amor asincrónico,
esa tormenta, plástica corona, frontera del nuevo orden.
Todo este placer. Toda esta pena.
Nuestra condena:
construcción de paraísos de piedra
donde no cabe el sol
ni la palabra
ni la ausencia
ni la soledad.

42.

Tezonco

Ayer soñé
se inundaba mi casa.
Desperté pensando
la tierra me traía un mezquite.
Lo pude sentir a través del otoño.
Y ahora tengo que juntar piedras
para poder esconderme de la noche.

43.

Santa Anita

(Ya no siento).

Ni el vacío me inspira a escribirle a la luna
ni las quimeras causan catarsis en mi.

(Ya no siento).

Tan sólo baila en mis ojos el reloj de arena,
se sacude, me aliena, como si me retara
a olvidarme de mi
y consumirme, pero sonriendo
como un enamorado que sigue esperando una señal.

(Ya no siento).

Es decir, pasa el día en automático.
Se bloquean las preguntas, hay distorsión.
Es verdad, eventualmente me revive la noche,
a veces duermo en brazos ajenos
que sé que me quieren.

(No sé porque no puedo quererles de vuelta).

(Ya no siento).

(Ya no siento).

Uso el dolor como anestesia.
Me cobija la densa luz de un recuerdo.
Es mi consuelo: sumergirme en conjuros.

(Ya no siento).

En mis manos pasean, tristes, los días.
Ayer descubrí mi secreto.

(Ya no siento, ya no siento).

En el horizonte encuentro mi voz desdibujada.

Ojalá mañana me sienta mejor.

Hoy no tengo ganas de seguir.

44.

Tlahuac

Pronto se acabará.

Colapsa el jardín.

En su lugar crecerá

una vieja casa de soldados.

45.

Patriotismo

Pusieron en renta mi herencia.

Se terminó el descanso.

Por favor, no te duermas descalzo.

Vendré a verte

disfrazado de jacaranda.

46.

Santa Marta

[1]

Volteo a todos lados buscando la luz,
sé que lleva puesto un vestido de arena
y que camina por estos fríos rumbos
cortando pétalos de las palabras
como si fuera a armar un poema.

[2]

Por este camino vuelan luciérnagas.
Eso me han dicho. Yo nunca las veo.
Sé que están ahí, cerca del mercado.
Quizá me vean si me quedo quieto un rato más.

47.

Universidad

Llegó en una barca huyendo de la muchedumbre.

Se instaló en esa isla, cortando las flores.

Sobre las piedras pone a secar su disfraz
para usarlo luego cuando vuelva al trabajo.

Se queda pensando.

Sabía ella que se trataba de un sueño.

Ella misma se lamenta para sus adentros,
conmocionada, pues, por no escribir su testamento antes.

48.

Ciudad Azteca

Puedo sentir la cima del valle,
aunque en realidad me confunde
que sea sólo cuando viajo en la caja
mientras me balanceo sobre el puente
para llegar a otro lugar.

49.

Hangares

Ansío tocar la luna.

He visto sus naves.

Dicen que allá llueven acacias de hoja azul.

Espero llevarle una a mi madre.

Quizá así me perdone por romper su espejo.

Pero, oye, no me preguntes quién soy.

Bajo la ropa llevo tatuado mi tiempo.

50.

Etiopía

Que rara se pone esta colección de rutinas
que tiene a tantas almas agarradas del humo.
Pero, se levantan sobre la piel las espinas,
se envuelven de algo, me hablan.

Con su voluntad líquida, su imagen póstuma
aparece en mis párpados.

Lo tengo en mis manos.

Llevo conmigo su tiempo, cual atavío:
amuleto de una tierra asfixiada.

Empiezo a olvidar las palabras.

Fundé una ciudad de hielo en su nombre.

Se robaron ellos mi sol y mi sueño.

Se llevaron mi amor.

Aún no sé para donde.

And I dunno why I'm a whisper.

I'll be painted by faraway dreamings.

I'm sure you can ride away.

And you can try to understand me,

but you are not my mirror.

You can't touch my picture.

My sunshine is still there.